

Año XVIII Marzo de 1917 Núm. 3

Redaccion y Administracion: Calle Tamarit, 161, 2.° - Barcelona (España)

SUMARIO — «Ni regalos ni abandonos», por J. Blanco Coris. — «El fantasma de Lina». — «Disertación sobre el sentimiento religioso». «El ideal religioso ante un racionalista». — «Correo de París», por M. Leblanc. «Infinitud», por Julio Pardo. — «Pasajes evangélicos que comprueban la comunicación espiritista». — «Plática cuaresmal», por el Padre José. — «Tribulación», por José M.ª Rolán. — «Ecos y Noticias.

Corresponsales Administrativos

Méjico.—Evaristo Barrientos, Administrador del Panteón de ORIZABA (Veracruz)

Puerto-Rico — Faustino Isona, CAYEY.— Casimiro R. ...lin, AGUAS.— Francisco I. Arjona, Bertoly, 4 altos, PONCE.

Cuba.—Francisca Salich, Vda. de Roig Habana baja, 26, SANTIAGO DE CUBA.—Eulogio Infiesta, calle Plácido, 10, HABANA—Faustino Serio, Calle de Cuba, 27, HOLGUIN.—Armando J. Raggi, Apartado, 17, CAIBARIEN. D. Juan José Morales, Centro Espirita «Unión del Progreso Espiritual» (Sabanas del Medio), MORON

República de Colombia.—Manuel J. López L., Pasaje Hernán Cortés, 9, BOGOTA.—Luis M. Carvajal, MEDELLIN.—D. Pedro C. Collazo y A. CARTAGENA, S. A.

República del Salvador (C. A.)—Luciano Cenedella, SANTA ANA.

República Argentina.—D. Luis D. Sosa, Tucumán 1736, BUENOS AIRES.—Pedro Iraola, NECOCHEA.—José Errea, PEHUAJO — Gonzalo Laporta, Calle Chiclana, 545, BAHIA BLANCA. Luis S. Torres Calle Salta, 41, Este SANTA FE. D.ª Felisa B. de Carlos, Centro Espiritista «Luz, Unión y Verdad», LAVERIA.

Brasil.—Joao Diogo Sá Barreto, advogado, CIUDADE DA CONQUISTA (Estado de Bahía)

República Dominicana.—Aurelio León, SAN FRANCISCO DE MACORIS.

República de Nicaragua.—Isidro de J. Olivares, 5 calle Norte, 102, MANAGUA

República del Ecuador.—R. Eduardo Proaño, Carrera «Chile», 1, QUITO.

República de Honduras.—E. Streber, AMAPALA. J. Ismael López, COMAYAGÜELA (TEGUCIGALPA).

República de Guatemala.—José Sánchez Guzmán, Teniente de Artillería Departamento de San Marcos. MALACATAN.—Sr. D. Gilberto Baltros, QUEZALTENANGO (Guatemala).

Estados Unidos (N. A).—D. Benito Betancourt, Duval Street, 901 y 903 KEY WEST FLA.

Gibraltar.—D. Manuel Olivares, Muelle Comercial.

Tánger (Marruecos).—Moisés M. R. Israel, Banco del Estado Marroquí.

Zaragoza.—Salvador Marco, Calle Pereña, 3.

Palamós (Gerona)—Pedro Catalá.

Año XVIII MARZO 1917 Núm. 3



Ni regalos ni abandonos

Fuera del sustento de cada día que nos lo proporcionan el aire, el agua, la luz, las plantas, les árboles y los animales; fuera de aquella dádiva de que hablaba Jesús cuando cita a los lirios del campo y a las aves del cielo; ¡cuántas cosas nos son necesarias... verdad?...

Sí, pero sobre todas, las de adquirir una conciencia cada vez más honda y más luminosa del misterio que nos circunda, y hacer que persista el cuerpo a fin de que tal conciencia se desenvuelva y actúe en la divinidad. Nada más eficaz a dicho objeio que las doctrinas espiritistas. Ellas han de ofrecernos la ayuda y enseñanza necesarias para conducirnos en la ruta de esa aspiración solemne, justa y elevada del alma.

Hacer que persista el cuerpo, dijimos, vivir por vivir, por el cuerpo; es al cuerpo al que debemos sostener y considerar no como principio y fin de todos nuestros ideales sino como lámpara sagrada que mantiene en la tierra de una manera transitoria la luz de la conciencia; la llama del pensamiento. Vivir para gozar y servir a la divina espiritualidad en nuestro planeta sin encadenar el alma si queremos vivir vida profunda y noble. He aquí el problema.

Este y no otro es el destino del hombre inteligente; y nada tenemos que hacer en este mundo una vez cumplida esta misión. Y esto sucede cuando se halla rebosando la copa de nuestra experiencia psíquica. Hay seres que adivinan estas verdades y que están poseídos de que ningún accidente les arrebatará de entre sus semejantes hasta no haber cumplido su misión.

Pero a todos nos ocurre que subvertimos el orden de la vida y que tomamos como un fin lo qne no es más que una circunstancia. Este fin es el de elevar una compleja organización a un extremo equivocado. Engordar al cuerpo como tal cuerpo, regalarle como si su perfección y cuidado entráñase la progresión y exaltación de nuestro sistema ideológico. No, las almas que abrieron anchos surcos en nuestra historia psíquica, apenas si se ocupaba de la tosca envoltura de su espíritu gigantesco. Buda y Jesucristo vivieron como las cigarras, según nos dice la Historia. San Jerónimo cuando huyó al desierto de la Calcida, no llevaba consigo más que los libros santos. Job arroja su copa al ver beber a un muchado con la mano a la orilla de un río. Todos los que salieron del claustro de las virtudes místicas y que sintetizan las mejores enseñanzas de nuestro mundo, vivieron pobremente, con gran desinterés y desvinculación del materialismo. Como no poseían otro reinado que el de las imágenes de su exquisita fantasía eran frugales y sobrios como lo fueron también Sócrates y Cervantes, hijos característicos de la espiritualidad más acendrada.

Del uno al otro, cuanto tiempo y cuantas equivocaciones!...

La humanidad sigue creyendo lo que creía cuando su aparición en el planeta, que no viene a este mundo más que a engullir, a divertirse y a regalarle al cuerpo aquello que le pida para sostén y perpetuidad del alma, que no come ni bebe, ni se agota, y que en cambio sabemos puede surgir por virtud propia en cuantos cuerpos nuevos del planeta o del Universo le viniera en ganas.

¿Qué le importa al alma el cuerpo, al sér como es un accidente más o menos importante en el escenario del Cosmos infinito? Pero no por eso se debe descuidar el cuerpo y dejar de conservarle. No somos de los que aconsejan el absoluto abandono. El ascetismo como todas las cosas de la vida tiene su límite y debe ser impuesto por el hombre; éste, debe seguir el itinerario trazado por él, pero cuando no, más vale atenerse a los preceptos científicos y morales que también son dictados por nuestra intuición nunca rebelde al conocido axioma que dice: «En un buen medio está siempre la virtud.»

J. Blanco Coris

El fantasma de Lima

Una viuda que se pasea a las altas horas de la noche.—Se enamora de un distinguido facultativo limeño.—Sensacional relato de «El Comercio», de Lima.

Como en los tiempos de Mari Castaña, ha aparecido en estas noches, en la ciudad, a la hora de las ánimas, en una penumbrosa calleja evocadora de la época colonial, un fantasma tentador que, como Mefistófeles,



D. ANTONIO MORATA

Administrador de la revista "Psiquis", de la Habana, y autor del presente artículo que gustosos reproducimos.

se ha disfrazado para hacer sentir su influencia de ultratumba, en una de las muchas personas que a tal hora discurrían por nuestra sociedad. Sonaron las doce de la noche en las campanas de los templos y surgió del aire, como por ensalmo, la figura de una mujer, toda vestida de negro, cubierta la cabeza por un espeso crespón, que venía de la otra vida a recoger sus pasos y a saldar antiguas cuentas con sus deudos. Era una viuda de las de buen ver; traíase a la vez, del otro mundo, el propósito de reanudar un coloquio con sus pretendientes de mejores épocas. El fantasma hechó a andar en busca del elegido de su corazón. Durante más de media hora se deslizó, sin hacer ruído, tocando apenas los pies con el suelo, levantando un airecillo frío a su paso, como dicen que suelen levantar los fantasmas, en sus exóticas peregrinaciones terrenales. Buscaba la viuda a su preferido,

ansiosa de hacerle sentir, en un mortal abrazo, su desencarnado y ezpeluznante esqueleto. Discurrió, todo ese tiempo, por las calles, asustando a los perros trasnochadores, y a uno que otro beodo, que ante la macabra visión, abría tamaños ojos y ponía pies en polvorosa...

El encuentro amoroso

El elegido del fantasma era un distinguido facultativo, quién, sin imaginarse la calidad de la aventura en que debería actuar como protagonista a esas horas, caminaba sin advertir que la misteriosa viuda se le acercaba, paso a paso, insinuándose con un movimiento de cabeza como si le saludase. Se detuvo el caballero, y se detuvo la viuda. El fantasma prolongó el saludo y le rogó que le acompañara hasta su casa, manifestándole que tenía miedo de cruzar sola a tales horas, las calles de Lima.

El caballero, por más esfuerzos que hizo, no pudo verle la cara a la desconocida; pero sugestionado por el timbre de su voz, y por la hora, propicia a las expansiones amorosas, se frotó las manos de gusto, y accedió galantemente a acompañar a la viuda del crespón negro. Conforme se acercaban a la casa, el caballero, a quien picaba extraordinariamente la curiosidad de mirarse en los ojos de su extraña compañera, entabló animado diálogo con ella, preguntándole con la sonrisa de la sugestión en los labios:

—¿Y se llama usted?...

—¿Para qué quiere usted saberlo? Mi nombre es un misterio. Mi vida también es un misterio; toda yo soy un misterio...

—Si así fuese, me consideraría muy feliz de poder rasgar el velo de la incógnita en que usted se envuelve, misteriosa y bella dama... porque usted debe ser bellísima...

—Por Dios, no blasfeme usted. Yo no pido amor, sino fe; necesitada de corazones fervorosos que me ayuden a levantar un altar ante Dios...

—Tiene usted razón, ante Dios, porque ante los hombres, como yo... lo tiene usted levantado.

El caballlero, muy intrigado, siguió a la dama fantasma hasta el lugar que ella le indicó, que era su domicilio. El caballero temblaba de emoción, considerando que una vez traspuestos los umbrales de la casa, caería en brazos de su desconocida...

En la casa misteriosa

La viuda le dijo:

—Pase usted...

—No, usted primero, repuso el facultativo... y se coló en la casa,

más que de prisa, buscándose en los bolsillos una caja de fósforos, para hacer luz en el recinto que iba a ser testigo de su amorosa aventura. La viuda le había despojado, de antemano, de la caja, e inútilmente buscaba el caballero, volviendo los bolsillos del revés, nerviosamente, devorado por la fiebre y la inquietud.

—Siéntese usted—le dijo la viuda, y cogiéndole de un brazo, le sentó cerca de la mesa que había en el centro de la habitación. Por la puerta de calle entreabierta, se filtraba un rayo de luna.

—Déjeme usted ver su rostro—exclamó el caballero, agitando las manos en la sombra, buscando tropezar con las eburneidades, de la viuda, que sonreía terriblemente, gozándose en verse admirada como cuando tenía la carnal y tentadora envoltura...

—No puede ser. ¡Oh, si usted se imaginara con quien está hablando!...

—Para saberlo, hace falta luz.

—No la hay en el cuarto.

—Mandaremos comprar una vela.

—Si; pero... ¿con quién?...

—Con... Bueno. Iré yo.

—Oh, usted no. Si lo vieran entrar a estas horas aquí, mi reputación sufriría... Iré yo. Deme el dinero, que no tengo... suelto...

Faltaba luz

El caballero le dió un sol de plata a la viuda. Salió ésta de la casa. El caballero quedó en la habitación acariciando la idea del idilio que les esperaba a ambos; pero transcurrieron diez minutos y luego veinte y luego treinta, sin que la viuda apareciera. Durante la inquietante espera el caballero se fumó varios cigarrillos. Al fin resolvió salir al encuentro de la viuda. En la calle tampoco pudo hallarla. Visiblemente alarmado, se dirigió al guardián que se hallaba en la esquina próxima, preguntándole si había visto a la dama del crespón negro. El guardián le repuso:

—Usted sueña... Por aquí no ha pasado ninguna mujer enlutada...

—¿Si estaré yo loco? Tenga la bondad de acompañarme a la casa...

—¿A qué casa?...

—A la de la dama. Yo no puedo esperarla más; y ruego, pues, que usted se quede vigilando las puertas que han quedado abiertas, mientras ella vuelva...

—Como usted guste... repuso el guardián—y los dos se encaminaron a la casa de la viuda. Pero grande fué la sorpresa de ambos, cuando vieron que las puertas estaban herméticamente cerradas por dos candados, y que sobre ellas había pegada una noticiación del juzgado de paz.

Sorpresa mortal

—Esta casa está cerrada hace más de un mes.

—Le advierto a usted que no tolero burlas.

—Le digo a usted que está cerrada hace mucho tiempo. Aquí vivió una señora que murió en la más absoluta pobreza...

—¿Qué dice usted? Pero se fija usted en lo que está hablando!!...

—Todo el barrio sabe la historia. Yo no invento nada...

Más allá del misterio

El caballero salió de allí con los pelos poco menos que de punta y al día siguiente se dirigió al juzgado de paz, pidiendo que se le abriera la puerta de la casa misteriosa. En efecto al siguiente día, el caballero, acompañado del juez llegó a la morada de la viuda.

—¡Le digo a usted que es imposible!—murmuraba el juez.

—¡Sí, señor Juez! Yo entré anoche en esta casa y no había candados. Estuve dentro más de media hora fumando, hasta que, cansado de esperar a la viuda, que había salido a comprar una vela...

—Usted ha visto visiones. La señora que usted se refiere, murió hace algún tiempo...

—¿Cómo que murió?... Ella ha conversado anoche conmigo y por más señas me pidió dinero para comprar la vela, pues no tenía luz y le dí un sol...

No sea usted majadero hombre de Dios—le dijo el Juez.—Pero para que se convenza voy a abrir los candados.

Como lo dijo, lo hizo el Juez. Abrió los candados y él y su acompañante entraron en la habitación de la viuda.

—¿Qué ve usted?— exclamó el juez.

—¡.........!

—¿Ve usted algo?...

—¡.........!

—Responda usted. ¿Ve usted algo?... ¿Reconoce usted estos muebles?...

—Sí, señor... si los reconozco...

—¿Cómo? ¿Que dice usted?...

—Sí, señor. Acérquese usted... ¡Jamás! ¡Parece cosa de cuento! Aquí está el sol que dí para que comprara la vela a la mujer que habitaba esta habitación... y allí están las colillas de los cigarros que fumé esperándola...

—¡¡Eh!!...

Quedáronse absortas ambas personas. Sobre la mesa del centro de la habitación estaba el sol de plata que el caballero dió a la viuda para adquirir la vela, y en el suelo los restos de los cigarrillos fumados...

Disertación sobre el sentimiento religioso

Grupo «Diodoro-Luis»

Sesión de 1.º de Junio de 1912

Queridos hermanos: Para relacionar las ideas religiosas, filosóficas y morales que venimos estudiando como una revelación superior en aquellos tiempos primitivos, y que han venido prevaleciendo y desarrollándose durante cuarenta siglos antes de la Era Cristiana, es preciso repetir ahora nuestros primeros enunciados sobre el origen de las religiones bajo el aspecto íntimo de la conciencia humana, manifestándose como sentimiento ingénito la religiosidad que induce a la razón humana a reconocer un Sér superior, creador y causa del Universo entonces y ahora conocido, y de su infinita extensión y de sus magnificencias apreciables e inexcrutables.

Digimos que el sentimiento religioso, por tanto, se funda en la creencia de un Dios único y en la inmortalidad del alma; el conocimiento de Dios, es confirmado por la razón humana en la conciencia individual y colectiva, al reconocerse que ningún sér es causa creadora y vital de sí mismo; la inmortalidad también, reconocida como un sentimiento, se encuentra corroborada por la constante intercomunicación del mundo espiritual con los encarnados. Ahora, se pretende juzgar aquellas antiquísimas Instituciones Sociales y Religiosas, comentando los ritualismos, los códigos morales y políticos, desde el punto de vista en que los persistentes investigadores se han colocado; desde los últimos albores de la filosofía platónica y socrática que ha venido formando el cristianismo y favoreciendo el desarrollo religioso bajo distintos aspectos, en que los intérpretes y comentaristas del Evangelio han podido impugnar las interpretaciones «infalibles» de las potestades sacerdotales, es muy fácil reconocer y relacionar el sentimiento religioso de todos los tiempos y el Código Moral que del concepto de Dios y de la inmortalidad del alma, lógicamente pueden deducirse.

El Código llamado de Manú, deducido de las tradiciones, de las doctrinas sociológicas, y los escritos que fabulosa y poéticamente ensalzan la Edad de Oro y los primitivos Héroes semidioses de la Tierra y divinizados después como intérpretes de la Voluntad divina, se han venido repitiendo constantemente y aquellos mandamientos morales si no hubieran sido revelados se manifestarían por sí mismos desde que comenzaron las relaciones

sociales entre familias y tribus diseminadas, porque el buen orden social impone «no matar», «no robar», «no mentir», «no cometer impurezas»; respetar los lazos familiares y los bienes adquiridos como patrimonio bien adquirido. Esto proclamaba el Código de Manú, y se ha repetido como ya dejamos expuesto, en todos los pueblos de la antigüedad, y se han repetido y respetado también en los tiempos modernos; como que son y serán siempre la base y fundamento del Derecho de Gentes público y privado, con las restricciones que la situación de los pueblos y de las nacionalidades entre sí, han consentido para sostener el derecho positivo estatuído y condicionado conforme a las circunstancias políticas y situación de paz o de guerra entre los mismos asociados y los convenios establecidos entre enemigos beligerantes.

Teniendo esto en cuenta, se comprende fácilmente, que las ideas racionalmente religiosas, morales y filosóficas, hayan prevalecido por espontáneo sentimiento de la conciencia racional, por la constante y continua acción de la idea, transmitiéndose por los procedimientos que hemos reconocido y aceptado, por la revelación, no solamente entre encarnados, sino también mediante las posibles relaciones con el mundo extracarnal; todo favorecido por el caudal de conocimientos adquiridos, acumulados por sucesivas y alternantes civilizaciones que la historia registra y la ciencia ordena y sintetiza.

No sucede lo mismo con la interpretación de los ritualismos religiosos que se han transmitido modificados, no en conformidad con las Leyes Divinas reveladas, sino conforme a la conveniencia y oportunidad en las diferentes situaciones de las sociedades dominantes y sometidas, explotadas o explotadoras. En aquellos tiempos prehistóricos de supuesto salvagismo y de terrorífica fiereza brotaron, sin embargo, las primeras ideas base y fundamento de la filosofía tradicional y de esta ciencia universal que proclamamos, fundándose únicamente en la interpretación racional de un hecho constante en la historia: «la intercomunicación del mundo visible e invisible» para los habitantes del Planeta. Entonces, al reconocer la unidad y la omnipotencia de un Dios creador y observando que los cuerpos materiales, orgánicos y racionales, disfrutaban de la luz, del calor y de la vida que vivifica la existencia de la naturaleza terrestre, relacionada con el movimiento y la vida de los astros y de las fuerzas meteóricas, físicas e intelectuales, concibieron la primera fuerza elemental de respeto y adoración a lo desconocido, pero apreciable y tangible en sus efectos, deduciendo de los hechos las más naturales consecuencias compatibles con la limitadísima racionalidad, de que todo lo que impresiona los sentidos y conmueve la conciencia era por obra de Dios y de sus mandatarios en la

Tierra, elementos favorables a la vida o perjudiciales según el uso o el abuso de las facultades, de acuerdo o en discrepancia con los mandamientos de la Ley Moral, positiva, racional y consuetudinaria; y naturalmente, se arbitraron medios y recursos para utilizar lo bueno y corregir y rechazar las adversidades que las influencias maléficas producen al cuerpo y al Espíritu: hubo por consiguiente «bienes» y «males.»

Era preciso someter a un orden de aceptación o de repulsión, y aparecieron los primeros cultos en familia, tratando de interpretar la influencia de todos los elementos y de las formas manifestativas de «cielo», de la «Tierra», de los «territorios». de las «montañas», de los «ríos», de la «naturaleza animada y vegetal», de los seres animales y especialmente de los racionales que por algún mérito se distinguían y se hacían dignos de memoria perdurable y de adoración por sus virtudes. ¿Qué extraño es, que en la India como en todos los pueblos antiguos y algunos modernos, comenzasen por las prácticas religiosas fetichistas a la vez que politeistas, y que la regularización de tantísimos cultos privados y mal comprendidos y practicados, apareciesen intérpretes de los hechos observados y de los fenómenos atribuídos a determinados cuerpos «minerales» y en su conjunto; así como, a ciertos vegetales, a los «montes», a las «selvas», a los «vergeles», a los «animales», utilizables o temibles; y por último, a todo lo existente y variable, a todo lo real e imaginario; hasta el punto, que los primeros ascetas, medianímica o visionariamente, confirmaron e impusieron el *concepto de sustanciación* entre los seres racionales y la Naturaleza universal? De aquí, la idea tradicional de un Dios alma del Universo; idea panteista conservada esotéricamente por el ocultismo, así como la idea contraria de «todo en Dios», que conduce a las naturales consecuencias de que, en el Universo todo es y se manifiesta con una ilusión de los sentidos.

Con este concepto filosófico, era difícil fijar el origen, naturaleza y finalidad de los seres; por consiguiente, la vida es una y se manifiesta independientemente de la acción y de la influencia de las Criaturas, Así connaturalizando la materia y el Espíritu se concede la vitalidad individual a todos los cuerpos, a todas las formas apreciadas, sentidas o imaginadas; de aquí, por interpretaciones mágicas y por las imposturas de los falsos Mediums, aparece el culto a los Espíritus que de algún modo manifiestan su existencia en los minerales, en todas las formas determinadas o confundidas en la superficie terrestre y en los horizontes apreciables a los sentidos. Si la inmortalidad se comprueba y se admite, el alma de los seres irracionales y los cuerpos, como asociados de la vida universal, tienen que ser reconocidos como individualidades animadas inferiores análogas a las racionales; por consecuencia, había que admitir la «Metempsícosis» que la

vida progresiva escalonada de los seres debía determinar, y en cumplimiento de la sanción moral admitir también la ascensión y retrocesión de las almas, reencarnando las racionales conforme a sus méritos morales, y estas sanciones se reglamentaban y se estableció ritualmente, por ejemplo: debía renacer en «ratón», y así en seres con instintos análogos, todos los criminales.

De estas ideas, brotaron la metempsícosis de los seres deificados y se encuentran Dioses prevaricadores o injustos que ritualmente se les convierte en «piedra», en «árbol», en «elefante», en «caballo», en «pavo real», en «paloma», como lo atestiguan todas las tradiciones y ritualismos poleistas; lo peor es, que en las revelaciones de Dios al pueblo judío, no se estigmatice estas ideas y se hable de «Estátuas de Sal» y de «Serpientes que razonan y pervierten la inocencia»; y aún después, en pleno catolicismo, se registran canonizados con atributos parecidos a las Deidades antiguas, a los Dioses oficiales de Egipto y de Grecia, amontonados y prostituídos en Roma.

Respecto a metempsícosis, sucede lo mismo; y la poesía religiosa y profona todavía se inspira en las Fábulas épicas y en las Odiseas, parodiándose hasta en estos tiempos por lumbreras espiscopales; para no haceros pensar citaré algunos, entre ellos Fenelón. Adiós.

(Concluirá)

El ideal religioso ante un racionalista

Conferencia del Dr. Humberto Torres

(Recogida taquigráficamente)

Amigos y correligionarios:

No desconozco que se habrá producido cierta curiosidad con motivo de esta conferencia. Parece en efecto, un contrasentido hablar de religión entre republicanos; no de su aspecto político, de su intervención en la vida púbilca de un pueblo, sino de la religión «en sí», como problema individual que puede afectar a las convicciones íntimas del hombre, llámese como quiera y dígase como se diga.

Y nosotros además de republicanos, somos hombres por encima de todo, y el ideal religioso, su examen y las consecuencias que de ello se deriven lo conceptúo de tal importancia en la vida individual y en la social, que no he vacilado en llevarlo aquí ante vosotros.

Sabemos por los historiadores, por los hombres que se han dedicado a investigar y recoger las huellas del pasado de la humanidad, que allá en tiempos remotos, siglos y siglos atrás, hubo ya una civilización admirable que creó maravillas. Ciudades grandiosas, de población enorme, con monumentos que dejan asombrado al espíritu y que resisten con ventaja la comparación de las que hoy admiramos, levantó el genio del hombre en Oriente y Occidente. Cartago, Tebas, la vieja Roma, Pompeya, Tarraco... ¿Y que se hizo de aquellas maravillas? Nada queda en pie; tristes ruinas de un explendoroso pasado, calcinadas por el ardiente sol del desierto, cubiertas por las lavas volcánicas, sepultadas en los abismos del mar por algún cataclismo cósmico.

Mi imaginación evoca aquellas multitudes innúmeras, que las poblaron, y ve desfilar sus luchas, sus pasiones, sus pasajeros engrandecimientos, sus caídas; las cortes fastuosas de sus reyes, las vidas de sus héroes que la historia ha inmortalizado, generaciones y más generaciones sucediéndose incesantemente, miles de millones de seres que allí se agitaron, ¿y qué nos queda amigos míos, de aquel pasado? Nada; absolutamente nada. La muerte lo ha destruído todo.

He aquí un sér a quien queremos ardientemente; es un amigo, es nuestra madre, es un hijo de nuestras entrañas; sumido en el lecho del dolor, prevemos su próximo fin. La muerte se acerca, despiadada, inflexible, fatal. Vemos aquel rostro desvanecerse lentamente en su expresión, los ojos vagos en la mirada; los miembros relajarse, y de momento, todo acabó. Es la muerte que ha llegado; es la vida que ha terminado.

Y cuando el que muere es un hombre cumbre, un hombre de estos que marcan con su existencia, una página de oro en la vida de un pueblo, un hombre que como Pasteur, Wagner, Pi y Margall, han sido un tesoro inagotable de ciencia, de virtud, de belleza, cuando un hombre de estos desaparece para siempre ¡para siempre! ¿cómo consolarnos? ¿Por qué ha de perder la humanidad aquella riqueza espiritual? La tierra, la fría tierra tendrá ya lo que es suyo, el oxígeno del cuerpo de Pi, el carbono del cuerpo de Wagner, el fósforo del cuerpo de Pasteur. Pero ¿y lo otro? ¿Y sus virtudes? ¿Y su ciencia? ¿Y su patrimonio espiritual? ¿Por qué ha de perderse? Por qué ha de ser la condición humana de una irritante inferioridad a la del árbol, a la de la piedra, a la del diamante?

No hay hombre alguno, por insensible y refractorio que sea al problema de su origen y de su destino, que en trances de estos, en esa hora suprema en que dialogamos con la muerte que nos hiere a nuestro lado, no haya pensado en lo que a él mismo le espera. ¿Qué soy? ¿De dónde vengo? A dónde voy? ¿Qué es del destino de la humanidad en su loca y vertiginosa

carrera hacia la muerte? ¿Va el hombre a la nada o hacia una luz desconocida? ¿Al reposo en el aniquilamiento o a entrar en otra esfera de sensaciones ignoradas o siquiera insospechadas.

No, en tales trances, el hombre más incrédulo duda, duda. Un sentimiento hondo, una convicción íntima, una clara voz de dentro, le habla y le dice, aún a pesar suyo, que la muerte no es el fin de todo. La creencia en la indestructibilidad de nuestro sér pensante, en la superviviencia de nuestro «yo», es de todos los hombres y de todos los tiempos. El sentimiento religioso, la creencia en un más allá, a través de mil formas y expresiones es universal y eterno. Todos los pueblos lo han consignado en sus códigos religiosos y en sus libros sagrados, con características adecuadas a su cultura y a su modo de ser. Y así lo veréis en el Zend-Avesta de los persas, y en el libro de los Vedas de la misteriosa India, y en los libros sagrados de Hermes en Egipto, y en la filosofia de Pitágoras, de Sócrates y de Platón, en Grecia, y en los grandiosos cantos bárdicos de nuestros padres los druidas.

Con Cristo, con su doctrina, el ideal religioso de un pueblo llega a adquirir tal fuerza, tal trascendencia que bien lo sabéis, su aparición señala a la humanidad una línea divisora entre dos eras. La significación, la trascendencia que entraña la aparición del cristianismo, para los destinos de la humanidad—(dejando aparte nuestro juicio sobre el mismo)—es tan evidente que no me creo obligado a hacerla resaltar.

Difiere, entre otras cosas, la doctrina de Cristo, de la predicada y practicada anteriormente, por su carácter popular. Tenían, los anteriores códigos religiosos, una verdad incompleta, propia para ser divulgada entre la masa, y una verdad entera sólo para los iniciados, para los sacerdotes. El rito, el misterio, el secreto, se conocía por grados, a fuerza de estudio, a fuerza de merecimientos; había un escalafón, una jerarquía, a cada grado de la cual, correspondía una parte de la doctrina secreta. Y al pueblo se le decía sólo: cree esto, obra así, esto es bueno, aquello es malo!

Cristo rompe con toda jerarquía, con todo misterio, con todo ritual. Llama al pueblo en la falda de una montaña, en la orilla del mar, y en plena naturaleza les dice a los suyos, a los humildes, su ley moral, resumida en aquel admirable sermón de la montaña, que yo estimo no ha sido superado jamás. Y ese carácter democrático de la predicación de Jesús, lo vemos desprenderse de su ley. ¿Quién como él, exaltó el desinteresado amor a nuestros semejantes, al decir que nuestra mano izquierda deba ignorar el bien que hacíamos con la diestra? ¿Quién como él ha dicho a los humildes su dignidad de hombres, como en su parábola de los últimos serán los primeros? ¿Quién a dado una idea más clara de la necesidad del

un sentimiento tan delicado y profundo, que hace, desde esta vida, considerar los otros bienes como un imposible.—Cuidado pues con todo lo que me queda que decir, hay que penetrarse bien de estas grandes verdades y no figurarse que la atracción de los sentidos que constituye el amor animal, tenga nada que ver con el amor del que voy a hablaros.

CAPÍTULO X

De las comunicaciones sensibles con el mundo de las almas

Sea que las comunicaciones con los espíritus, obtenidas, por golpes en las mesas o los muros, por el movimiento de los muebles o por medio de los caracteres trazados por un lápiz sujeto a una plancheta o por la mano abandonada a la impulsión extraña que la conduce, puedan en rigor ser consideradas como comunicaciones sensibles de este orden, no son de las que voy a ocuparme en este capítulo.—Quiero hablar de esas sensaciones deliciosas y profundas que penetrando en nuestro sér lo absorben en voluptuosidad desconocida del común de los mortales y que provienen de un manantial superior a nuestra naturaleza, de un origen misterioso y poderoso, digno de todos nuestros respetos y de todo nuestro amor.

La manifestación de estas sensaciones estrañas no es nueva: muchos Santos, cuyos testimonios no puede ponerse en duda las han experimentado durante cierto período de su vida y las han descrito con tanta veracidad y elocuencia que no hay manera de refutarlas. Muchas personas han informado que también habían experimentado los maravillosos efectos de estas sensaciones divinas, pero sin explicar la causa; los más han creído oportuno callárselas; porque seguramente han pensado, como lo veremos bien pronto, que no se vanagloria nadie impunemente de recibir los favores de lo alto, sin que no crean en la superstición de atribuirlo a su origen impuro cosa que se hace pagar bastante cara.

Teresa de Jesús, aquella santa todo amor y tan devota, cuyo corazón ardió en el divino amor de Dios, no hubiera escapado de la Inquisición, a la cual fué denunciada, sino hubiera sido por la influencia de su familia, una de las más distinguidas de España, y por la intervención del Padre Alcántara uno de sus confesores, después canonizado, y cuya virtud era generalmente respetada. Y es en los escritos de Santa Teresa donde podremos encontrar importantes nociones sobre las *comunicaciones sensibles* tan dignas de la piadosa atención de todos los cristianos y de la meditación de todos los hombres.

EXTRACTO DE LAS CARTAS DE SANTA TERESA

Primera serie.—13.ª carta

(Al reverendo Padre Rodríguez Álvarez.)

«... La satisfacción y la dulzura que el alma experimenta (en la voluptuosidad) está tan fuera de toda comparación que si su recuerdo fuera permanente y no se esfumara, los placeres de la tierra no inspirarían sino hastío....

»... Hay ocasiones en que esta herida parece arrancar del alma grandes sentimientos de amor, deseos de unirse a Dios, tan vivos y tan delicados que están por encima de toda expresión de causa...

»... Todo esto no puede ser producto de la imaginación y yo podría aducir muchas razones si no temiera ser demasiado extensa. Dios sabe si estos estados son buenos o no lo son; pero al menos no se podrá negar que producen *excelentes efectos* y que el alma encuentra en ellos grandes ventajas.»

14.ª carta

(AL MISMO)

«... Vivió así durante veintitres años, en grandes avideces, sin que le viniera al pensamiento la idea de desear nada, tan convencida estaba de su inferioridad que le parecía no ser digna siquiera de elevar su espíritu a Dios...

Dos o tres años antes de la fundación que hizo del Monasterio de Carmelitas reformadas en Ávila, sucedió que comenzó a apercibirse que le hablaba alguna voz interior y tuvo algunas visiones y revelaciones siempre en el interior de su alma, *puesto que ella jamás vió ni entendió por los ojos* y las *orejas del cuerpo*, fuera de *dos veces* que creyó oir hablar sin comprender nada de lo que se le decía... (hace referencia a una tercera persona).

»He aquí, sin embargo mi reverendo padre como se realiza la visión puesto que queréis saberlo. No se vé nada ni interior ni exteriormente puesto que no está en la imaginación. Pero el alma *sin ver nada* concibe el objeto y sabe de que lado se encuentra más claramente que si lo viera. Es como si estando en la obscuridad tuviéramos a alguien cerca, pues

aún que no lo viéramos tendríamos seguridad de su presencia. Esta comparación no es sin embargo justa, puesto que cualquiera que en la obscuridad tenga una persona cerca de si puede comprobarlo por cualquier medio, sea por el ruído que haga, sea por conocimiento de antemano; mientras que en la visión no se puede tener conocimiento ni interior ni exterior de la presencia de un alma que la nuestra concibe muy claramente, no tan solamente de que lado se encuentra, sino hasta lo que quiere decirnos.»

28.ª carta

(A LA REVERENDA MADRE MARÍA DE SAN JOSÉ)

«...Apruebo igualmente la oración de la hermana Beatriz; pero evitad tanto como podáis se ocupe de estas cosas, y no dudéis que estáis obligada a ello en calidad de priora. La hermana Santa Jerónima ha sido aquí *muy discreta en este particular*, porque, desde el primer momento que quiso explicarnos sus sentimientos la priora le cerró la boca; y sabéis que todo el tiempo que estuvo con ella en Sevilla se contuvo. No sé si hemos hecho bien o mal en [illegible] de nuestro lado. Quiera Dios que todo ello sea para su bien. [illegible] bien lo que hubiera acaecido si otras religiones de la comunidad hubieran encontrado y leído la carta que escribió a la priora. Dios perdone a aquel que dió semejante orden.

«Hacéis maravilla, mi querida hija de no sufrir que vuestras religiosas *hablen a nadie de estas cosas.* La priora de Vea me escribe que ella ha prohibido a las suyas hablar de ello a sus confesores...»

Esta carta prueba que otras religiosas que como la Santa recibían la luz de lo alto, les estaba prohibido hablar de ello a nadie, *la luz quedaba siempre bajo el celemín.*

Segunda serie.—Carta primera

(Al reverendo padre Pedro Alcántara)

«... Así mi pena es tan grande que no puede concebirse; pero en fin, Dios la ha mitigado con *delicias, consuelos y alegrías encantadoras.*»

«Los deseos que tengo de amar, de servir y de ver a Dios, no van

ahora acompañados, como antes, *cuando me creía tan devota,* de meditaciones y de lágrimas. sino de *movimientos de amor a Dios tan vivos y ardientes,* que si no fuera por los *éxtasis* de que os he hablado, que inician a mi alma en la quietud y en la calma, no dudo que la impresión alcanzaría también a mi cuerpo.

»... Los éxtasis me producen a veces el mismo efecto; los he tenido largos de tres horas, y otros me duraban todo el día, durante ellos el estado de mi salud era excelente. Cuando me encuentro en tales recogimientos *no temo nada por mi cuerpo;* la verdad y cuando hago la oración que hacía antes no experimento nada de extraordinario.

»... El relato que os hago mi Muy Reverendo Padre, me persuade que estas visiones, estas revelaciones y estas palabras, que yo entiendo, *vienen de Dios;* porque no puedo ignorar cuales eran otras veces mis miserias, y estando en camino de perdición, ellas me han conducido en poco tiempo al estado en que me encuentro y me han proporcionado virtudes que me admiran y me hacen que hoy no me reconozca yo misma. Sé ciertamente que no las he adquirido por mis trabajos, pero no sé cómo las he recibido. Puedo asegurar sin embargo que no me engaño al decir que Dios no se ha servido de este medio para atraerme a su servicio *sino también para retirarme del infierno. Aquellos que recibieron mis confesiones generales no lo ignoran.*

»No puedo creer que *el demonio* me haya proporcionado tan grandes ventajas para atraerme hacia él y perderme: *es demasiado hábil para emplear medios tan contrarios a sus deseos;* y cuando mis pecados merecieran que fuese desgraciadamente engañada y reducida por sus artificios, no podría persuadirme de que Dios hubiese rechazado las solícitas plegarias que tan gran número de almas fervientes le han hecho en dos años durante los que yo no he cesado de pedir a todo el mundo ofrecieran sus votos para obtener de su bondad que me hiciera conocer si yo estaba en buen camino...

»... Estas consideraciones, al lado de los razonamientos sólidos de tantos hombres santos y sabios a los que he consultado, me confirman y persuaden que los favores inestimables que recibo vienen de Dios y no del demonio.

»... No es que yo dude que éste se pueda mezclar a veces en *ciertas cosas de nuestra vida* como a mí me ha sucedido a veces; pero estas ilusiones producen efectos tan diferentes de aquellos que nacen de las gracias que se reciben de Dios, que *no puedo creer que ninguna persona que tenga alguna experiencia pueda dejarse engañar.»*

En 1560, cuando sufría la más cruel persecución por la Iglesia,

cuando sus éxtasis y visiones hacían creer a sus allegados y confesores que estaba endemoniada, escribía la santa esta carta. Sobre este particular asesoraron cinco o seis doctores de los más esclarecidos de Ávila, quienes después de un riguroso y detenido examen declararon que *gracias tan excepcionales no eran más que ilusiones forjadas por el demonio*, decisión terrible que sumergió a esta alma humilde y temerosa, en gran espanto y aflicción.

Afortunadamente, el ilustre Santo Pedro de Alcántara recibió su confesión y tomó su defensa logrando que triunfara la verdad. He aquí un pasaje notable de su defensa.

«Santo Tomás y todos los Santos Padres enseñan que se reconocen a los ángeles de luz, en la paz que envuelven al alma. Cuando suceden estas cosas se encuentra uno después en una tranquilidad y satisfacción tan grandes que todos los placeres del mundo juntos le parecen insignificantes al lado del más pequeño de los que ella experimenta.

(Extracto de una carta del venerable Juan de Ávila a Santa Teresa sobre el mismo motivo.)

»No se debe nadie extrañar ni jactarse tampoco, de condenar *estas cosas* bajo el pretexto de que no son todo lo perfectas que debieran las personas a quienes ocurren; porque no hoy motivo para asombrarse de que Dios proteja a los grandes pecadores, como yo he podido observar, porque quien se atrevería a poner límites a su infinita bondad principalmente en *estas series de factores que no da ni ofrece al mérito*, ni a aquellos que se encastillan en las virtudes, sino a veces *a los más débiles;* y cuando lo han extendido a los santos no suele hacerlo siempre al que más.»

Nada más notable que estos extractos: no hemos alterado ninguno y podíamos haber citado muchos más.—Pero los expuestos bastan para establecer muchas verdades importantes sobre las *comunicaciones sensibles*, que vamos a exponer.—Desde luego que lo que la Santa de Ávila llamaba *visiones* en sus cartas, no pueden recibir tal nombre, puesto que asegura *no haber visto por los ojos ni entendido por las orejas su cuerpo*, sin embargo ella sabía o presentía que el objeto estaba cerca y lo que quería hacerle comprender. Es esta una manera imposible de concebir (1) ni de figurarse cuando no se ha experimentado. Se puede decir que los éxtasis que experimentaba atemperaban la acción viva y ardiente de los *placeres de origen celeste*, considerados como excesivos.

(1) Con fecha posterior a la de estas cartas, Santa Teresa tuvo numerosas visiones de carácter representativo, fantasmáticas.

Segunda serie.—Carta primear

Importa también hacer constar que la Santa declara a uno de sus directores, a San Pedro de Alcántara, que estos favores de lo alto le sobrevenían cuando ella se encontraba *en el camino de perdición* o sobre *el camino del infierno*, y que ellos la transformaron completamente dotándola de virtudes que no tenía.— Sé que los escritores que trazaron su biografía afirmaron que había conservado toda su pureza. Estas dos aserciones no son contradictorias porque la Santa no dijo que estaba en camino de perdición, y sobre este punto se la debe creer *sin reserva*, puesto que ella se hace un argumento contra los que le acusan de haber sido seducida por el demonio del que dice que es demasiado hábil *para emplear medios contrarios a sus deseos*. Por último añade, haciendo alusión a la posición peligrosa en que su conciencia se encontraba entonces: *Aquellos de mis confesores a quienes he hecho confesiones generales no lo ignoran.*

Si todo esto no fuese verdad, no podría ser un motivo de humildad el que hubiera impelido a la Santa a hablar de tal manera del estado de su corazón, que ella debía conocer perfectamente; esto sería una falta grave de su parte, una *solemne mentira*, lo que es inverosimil suponer.

Concluyamos, pues, diciendo que en efecto, *estos favores insignes* venían a buscarla cuando no los merecía aún, cuando no los comprendía, cuando dudaba de su origen.—La *gracia* es gratuita, según las más invariables doctrinas de la Iglesia y tantos memorables ejemplos; ella se dirije al *porvenir* de los hombres y no a su pasado, que puede ser más o menos impuro.—Es lo que el venerable Juan de Ávila explica tan admirablemente en el último de nuestros extractos.

También se puede observar en nuestras citas que no fué sola Santa Teresa la única en recibir *las comunicaciones sensibles*. Muchas religiosas las han experimentado y aún su mismo hermano Lorenzo.— Evidentemente había en estos amores celestes, detalles de los que no creía poder hablar.—«*Ya he dicho bastante*, decía Santa Teresa a su hermano, *el resto no puede escribirse, ni aún salir de la boca.*» Esto no quiere decir que haya algo de impuro en estos detalles; nada semejante puede ocurrir de sendas tan cristianas y tan etéreas.—Pero otras personas hubieran podido, hubieran debido ver estos detalles bajo otro aspecto y condenar lo que hubiera sido imposible de hacerse comprender.—La misma circunspección y sus motivos se muestran con evidencia

en la notable carta de Santa Teresa a la reverenda madre María de San José.—Ella aprueba que las religiosas *no hablen de estas cosas ni aún a su amigo confesor*. . . . .

Es notoriamente lamentable para el conocimiento completo de estas misteriosas comunicaciones, que las cartas a las que Teresa de Jesús respondía, no hubieran sido publicadas con las suyas—tal como la carta de su hermano y la de la superiora que acabamos de citar. Desde luego se nota en esta cuestión que los hechos están expuestos en términos generales y bajo una forma mística para velar sus circunstancias más esenciales a los profanos, y sobre todo a aquellos que hubieran podido interpretarlos de la manera más contraria a la justicia, a la verdad y sin duda alguna a las intenciones mismas de Dios. Se ve, sin embargo, por algunas palabras de estas cartas confidenciales, que Dios hacía a veces participar *a los sentidos externos la dicha del alma*. Y creo como lo explicaré más adelante, que debía ser así, que ello es una consecuencia rigurosa de nuestra doble naturaleza, y que, como dice Santa Teresa a su hermano: «no hay lugar de prestar atención.»

San Francisco Javier, este admirable apostol de las Indias y del Japón, experimentaba también a un grado extremo, estas supremas delicias, que le llenaban del más ardiente amor. — Me bastará recordar, a dicho objeto, algunos párrafos de su vida.

«Casi todos los días experimentaba los éxtasis, sobre todo en el altar durante el sacrificio de la misa del que había que sacarle a viva fuerza.

»Las delicias que experimentaba eran las de las almas privilegiadas a las que Dios concede semejantes favores. Todos sabemos que el hombre puede disfrutar de los placeres del Cielo cuando el alma transportándose fuera de ella misma se sumerje y se pierde en Dios. En este venturoso estado, los más largos espacios del tiempo son una insignificancia.

»Una tan íntima y continuada unión no puede depender sino de una tierna caridad; y tanto era el amor que le envolvía, que se le veía de ordinario, *el rostro todo rojo* y para atemperar *los ardores de dentro y de fuera* se arrojaba agua al pecho.

»Con frecuencia predicando y oficiando se sentía tan inflamado y ardoroso que no pudiendo resistir tales influencias se abría la sotana de repente para dar aire al pecho. Esto le sucedió en las plazas públicas de Malaca y de Goa, en el jardín del Colegio de San Paul y a las orillas del mar.»

Sería inútil insistir, sin embargo veo en la vida de este santo un pasaje que no quiero omitir porque el establece aún más claramente que

estudio, de conocer y divulgar la verdad, como sus palabras: sacad la lámpara de debajo del celemín? ¿Y la exigencia con nosotros mismos, con nuestros defectos y pasiones, cuando afirma que vemos la paja en el ojo ageno y no advertimos la viga en el nuestro? ¿Y la absoluta inmoralidad de las riquezas, cuando niega el cielo a los que mucho poseen ¿Y la justicia más extricta, con su ojo por ojo y diente por diente?

Decidme amigos míos, si reconociendo lo que significa una distancia de XX siglos aquellas ideas, en su esencia, no son la sustancia de la democracia que hoy anhelamos para nuestro pueblo.

Pero con el transcurso del tiempo, el ideal religioso del cristianismo, perdió en pureza e intensidad lo que ganaba en extensión. Pronto la Iglesia Romana, su pretendida heredera desnaturalizó la doctrina del nazareno. La corte pontificia, deslumbraba por su fausto y por sus riquezas; la vida de los obispos y de los papas, llena de intrigas, de pasiones, hasta de crímenes, escandalizaba a las sencillas multitudes. Creaba con su dogma del pecado original, una responsabilidad ajena por completo a los actos del hombre. Hacía depender la felicidad en la otra vida, no de la conducta moral, que apenas era nada, sino del cumplimiento de preceptos, y frías prácticas, de ceremonias del culto que lo eran casi todo. Se lucraba con nuestra salvación, vendiendo bulas en la plaza pública; sentaba la impunidad del delito, con su célebre «tasa cancelaria» en la que cada extravío, cada aberración, cada desenfreno de nuestras pasiones, era perfecta y completamente redimible en metálico; daba al sentimiento religioso una plena incompatibilidad con la razón humana y con las investigaciones de la ciencia, con sus afirmaciones sobre el génesis de nuestro planeta, con su resurrección de la carne, con su infabilidad papal y con su «syllabus»; y, por fin, tomaba el nombre de Dios como bandera para encender entre los hombres luchas fratricidas, guerras de exterminio que han llenado de sangre las páginas de nuestra historia.

(Continuará)

Correo de París

Mediums? no. Endofásicos!...

Los científicos no descansan en su deseo de colocar en los carriles de la Ciencia nuestros fenómenos espiritistas relacionados con la mediumnidad.

Ahora se han agarrado a Egger que en 1881, llamó la atención del mundo científico con una memoria basada en la observación de sí mismo, afirmando que todas las personas oyen sus pensamientos y ven cosas

pasadas; y nos aconsejan que no llamemos mediums de aquí en adelante a nuestros hermanos dotados del don de ponernos en comunicación con el más allá sino que les llamemos *endofásicos*.

El primero que tropezó con la endofasía, fué Ballet, que dijo era el fenómeno del habla interior; esto es: que todo el que hablase para dentro o hablase sin darse cuenta de lo que decía, era un endofásico, siendo interesante la observación que hace de que no confundamos los tipos de la endofasía con los tipos de memoria, pues aquellos se refieren al hecho de la audición presente y estos a la reproducción de la audición o de la visión pasada.

El doctor argentino señor Moreno, dedica un estudio interesante a este particular agregando a las conclusiones formuladas por Lemaitre y Senet, sus observaciones personales.

De unos y otros recojemos lo más saliente para enseñanza de nuestros lectores, en los siguientes conceptos: Los tipos endofásicos son tres; pero como rara vez se presentan determinados porque las sensaciones se mezclan y sólo puede determinarse el predominio de unas sobre otras, sin que este predominio signifique exclusión, puede decirse que los tipos son cinco, tres puros y dos mixtos.

1.° Tipo «verbo motor», son los que articulan sus pensamientos ya en alta voz o entre dientes.

2.° Tipo «verbo auditivo», son los que oyen sus pensamientos, ya en su propia voz ya por medio de una voz conocida, ya mediante una voz completamente extraña. Estos son los que los espiritistas llaman mediums parlantes intuitivos.

3.° Tipo «visual o visivo», el que lee sus palabras y pensamientos, ya interiormente ya fuera de sí mismo, como si se proyectara al exterior en tamaño mayor o menor del ordinario, ya viendo el pensamiento imaginado como si se tratara de un cuadro o paisaje.

4.° Tipo «audi-visivo», aplícase a los que perciben sus pensamientos a la vez o alternativamente por la audición o la visión.

5.° Tipo «viso-motor», aplicado a los sujetos en que predomina por igual las imágenes visivas y las motrices. Vamos, los videntes tiptológicos.

Para comprender mejor estas clasificaciones se emiten más detalles circunstanciales sobre el particular que procuraremos extractar a fin de no hacer pesado este artículo.

Por ejemplo: de los sujetos del tipo segundo, aseguran que leen con la vista, se acuerdan del lugar de la página que leyeron tiempo atrás y se representan interior o exteriormente las particularidades de cualquier objeto por desconocido que sea.

Para hacer comprender mejor estos fenómenos interiores endofásicos, recurren a los esquemas gráficos que son los que producen los mediums en trance.

Aseguran que los tipos verbo-motores evolucionan hasta convertirse en *visivos*—nosotros ¡desgraciados! los llamados *videntes* y seguiremos llamándoles videntes y mediums mientras no se nos demuestre lo contrario... porque cuidado que ni por casualidad jamás se acierta a dar una en el clavo!

Es muy de agradecer a los señores sabios esta insistencia en hacer científicas, pero puramente científicas, las teorías del Espiritismo... pero que deleznables resultan todas ellas en la práctica!

En este particular seguiremos opinando como Rosseau que disertando sobre la causa, decía:

«Pienso que el Espiritismo es un estudio enteramente filosófico de las causas secretas de los movimientos de relación íntimos del alma, al que los hombres de Ciencia tardarán mucho tiempo en encadenar.»

M. LEBLANC

Infinitud

¡Admirable Inmensidad!
¡Oh, misterioso Infinito!
A descifrarlo os invito...
El misterio despejad
Si podéis, analizad...
al Eterno en su grandeza...
No encontraréis la certeza...
Sólo podréis comprender
que constituyen al Sér,
Bondad, Verdad y Belleza.

—

La *Causa*, impulso potente
de todos los movimientos,
combinó los *elementos*
y produjo lo *existente*,
Por doquiera se le siente;
la *Causa* al efecto unida
va difundiendo la vida;
y creando astros y seres;
los sujeta a sus poderes
la Fuerza Desconocida.

—

Nunca impondrá el Creador
castigo, sí recompensa;
que su Bondad es inmensa
como es inmenso su Amor.
Se castiga, al pecador
y él que sembrando el espanto,
cubrió la tierra de llanto,
y dolor, pero Dios mediante...
Será sabio el ignorante!...
y el más criminal... ¡un santo!...

—

Con asombro contemplad
La obra del Sér Infalible
del que será incognoscible

por toda la Eternidad.
Gloria a su Excelsa Bondad
Mundos, Soles, Nebulosas!...
¡Qué obras más portentosas
y dignas de admiración!
Ellas surgieron a la acción
de Fuerzas Maravillosas!

—

¡Síntesis Universal!
¡Luz que todo lo ilumina!
Son ellas la Esencia Divina
de irradiación eternal!
De este Sublime Ideal,
cantad la magnificencia,
la Suprema Inteligencia
eternal; que siempre ha sido
El eterno Desconocido
De la vida y de la Ciencia.

JULIO PARDO

Sisante, Febrero de 1917

Pasajes evangélicos que comprueban la comunicación espiritista

I

«Y le fué aparecido el Angel del Señor que estaba a la mano derecha del altar del incienso», etc. (Lucas, c. 1, v. 11.)

Para evitar mucho relato, sólo citamos ese versículo, lo que indica cuando el Angel anunció a Zacarías la venida de su hijo Juan de Bautista, pero leyendo todo el capítulo 1 de Lucas, puede ver quien quiera todos los detalles de esa revelación.

No dejarán de haber leído ese versículo los mismos que niegan la comunicación de los espíritus con los hombres y además predican el Evangelio. Si es verdad que ellos dirán. Pero ese era un Angel del Señor.

Es decir, que el Señor tiene Angeles, tiene Arcángeles y Serafines o sea el Señor tiene espíritus privilegiados, creados con esa misma categoría exprofeso para que le sirvan y estén a su contemplación eternamente, siempre desde que fueron creados sin quitar ni poner ni un ápice de su categoría celestial.

En cambio el Señor tiene creados también espíritus infernales, exprofeso para atormentar a los hombres. Es decir, que Dios está convertido en creador de espíritus buenos y espíritus malos. Unos llenos de luz y otros obscuros, más obscuros que una noche tenebrosa.

«Es que los unos son ángeles, no espíritus», dirán los que tal error propalan, y los otros son demonios. A lo que objetaremos. Pero si no son

espíritus ¿qué son entonces? Pero ¿por quién fueron creados los unos y los otros? Quién fué el autor de esa disparidad? fueron ellos mismos?

¿Es Dios tan cruel para crear caprichosamente seres celestiales y seres infernales? Unos para gozar eternamente y otros para eternamente sufrir y hacer sufrir a los demás?

Un padre de familia, por ejemplo, desearía que de sus hijos unos sean buenos y otros malos? Y ¿qué es un hombre comparado con Dios? Y aquí tenemos bien patente, declarada, a más de la comunicación también la reencarnación de las almas porque la misma causa del caso referido lo requiere. Y de no ser así, es atribuir más bondad y más justicia a los hombres que al mismo Dios, puesto que si un hombre padre de familia desea que todos sus hijos sean buenos y Dios ha relegado unos espíritus a sufrir eternamente las penas del infierno, según la teoría de esas religiones, véase sino es atribuir a Dios menos bondad y menos justicia que a los hombres. Y de atribuir a Dios la bondad y la justicia infinita: ¿Cómo puede ser que dentro de esos dos atributos infinitos pueda caber la disparidad de haber creado espíritus luminosos y espíritus tenebrosos, espíritus celestes y espíritus infernales, unos virtuosos y otros rebeldes, infractores a la ley divina?

¿Qué significa sino la diversidad de categorías físicas, intelectuales, morales y sociales entre la humanidad y hasta entre seres de una misma familia? ¿no nos podrán descifrar ese enigma la comunicación de los espíritus y sólo atribuyen esas revelaciones a seres privilegiados creados por Dios con la misma categoría de ángeles, arcángeles y serafines? Quisiéramos que esos señores que tan penetrados están de los secretos divinos, nos sacaran de dudas sobre este particular tan interesante, que atañe a esas dos grandes verdades. «La comunicación y la reencarnación de las almas?

II

«Y entrando el angel a donde estaba ella, dijo: tengas gozo altamente favorecida, el Señor es contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres,» etcétera.

Este es otro ejemplo de la revelación que también puede verse para más detalles, el mismo capítulo 1, de Lucas, v. 28 a 35. Y dirán también los detractores del espiritismo. Pero sólo los ángeles pueden comunicarse en casos escepcionales como ese.—Porque aquí se trata de la revelación del angel a María, cuando le anunció que concebiría al niño Jesús.—Y los que se comunican a los espiritistas, sólo son los demonios, dirán también, a lo que objetaremos:

Si sólo los demonios pueden comunicarse a los espiritistas ¿cómo puede inferirse o concebir que el espiritismo revele tan grandes verdades, y que muchos de los grandes hombres de letras y de ciencias se han convencido de esas grandes verdades reveladoras por los demonios?

Aún más. Si los predicadores de las religiones positivas son inspirados por el espíritu Santo: ¿Cómo se explica que cuando uno de esos señores ataca al espiritismo y un espiritista inspirado por el demonio le hace frente con sus argumentos opuestos a los de ellos, se callan y no saben ya que contestar? En este caso se demuestra una de dos, o que la comunicación de los espíritus es cierta o que el demonio del espiritismo tiene más habilidad y más lógica en sus argumentos que el Espíritu Santo que inspira a los propagadores de las religiones positivas.

De no ser una de esas dos cosas o ambas a la vez, no nos podemos explicar cómo es que el espiritismo revele más grandes verdades que esas religiones; aún más, esto es que el espiritismo predica grandes verdades y esas religiones grandes errores.

Es preciso investigar ese fenómeno, es necesario cotejar las enseñanzas de una cosa con la otra. Es de necesidad imperiosa averiguar cual de las cos cosas, o sea las enseñanzas del espiritismo y la de esas religiones, es más de origen divino o más diabólica, cual de las dos se ajusta más a la razón y al buen sentido y cual de las dos se aparta de ellas Cual de las dos predica la verdad y cual se aparta de ella y predica el error. Cual de las dos pone la luz en el candelero y cual es la que la mantiene oculta debajo del celemín, como dice el Evangelio.

(Continuará)

Plática cuaresmal

El otra día, segundo de Cuaresma, contemplaba el hormiguero de gente, que de un templo de los más céntricos de Barcelona, salía a la calle, compuesto la mayor parte de mujeres de todas castas de la sociedad entre las que se distinguían algunas de esas *fieras* que se comen a los santos a besos, que les echan piropos y que se pelearían con el más pintado por defenderlos!... y allá para mi sotana exclamaba.

¡Ah mujeres, mujeres, sino fuera por vosotras, que vacías habían de verse esas vuestras colmenas espirituales!

Atraídas y sugestionadas, vosotras que continuáis siendo esclavas, mal que os pese, del fanatismo imperante, que mantenéis gracias a vuestra

escasísima educación cultural, seguís, y en esto si que mostráis una abnegación cristiana digna de todos los encomios y entusiasmos, adorando a aquellos mismos que os fustigaron despiadadamente; y conste que no pretendo traer ni llevar chismes de sacristía que hace tiempo tuve la dicha de abandonar con gran contentamiento de cuerpo y alma, para ingresar en el Espiriritismo, en donde mi alma está como el pez en el agua, por no decir como en el Cielo, no se achacara a blasfemia; pero es el caso que el que ignora una cosa, está libre de pecado... y es claro, vosotras seguís queriendo a todos los Santos por igual y eso no debe ser, porque algunos!... Por ejemplo: Sabéis lo que opinaba San Juan de la mujer?

Pues que: «La mujer es una mala borrica, una horrible tenía que tiene su asiento en el corazón del hombre; hija de la mentira, centinela avanzado del Infierno: indomable Belona, y enemiga jurada de la paz.»

Si señor, San Juan de Dios, escribió esto de la mujer y sin embargo San Juan de Dios figura como patrono de los hospitales de las enfermedades contagiosas de las etairas del amor.

Otro Santo, también moderno, San Ignacio; tampoco se andaba por las ramas. He aquí su opinión como Santo padre de la Iglesia sobre la mujer.

«Guardaos de la mujer, ella va siempre precedida de la pasión y la petulancia; siempre le acompaña el hedor y la impudicia; siempre la sigue el dolor y la penitencia. Es un enemigo familiar que no se logra ahuyentar sino huyendo de él.»

San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Cipriano, San Gregorio y San Jerónimo también dejaron escrito lo suyo, de la mujer, pero quién rayó a una altura insuperable fué el abogado de los imposibles, el Santo más popular y adorado del sexo femenino el que algunas veces cuelga cabeza abajo pendiente de una cuerda en el pozo de la casa; ese que tantos altares, Iglesias y capillas tiene dedicadas por sus devotas. San Antonio.

Pues bien San Antonio, dijo de la mujer que era:

«Cabeza del crimen, arma del diablo. Cuando veáis a una mujer, creed que no tenéis delante a un sér humano, una bestia feroz, sino al diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente.»

No os enojéis conmigo, lectoras pías y devotas, yo no he inventado nada, todo lo puesto entre comillas está sacado de los libros santos y todo lo más que pudiera tener de tendencioso este articulejo, sería en beneficio vuestro, puesto que a pesar de que tan mal os trataron esos buenos Padres de la Iglesia, vuestra bondad es tan grande que seguiréis venerándolos; es muy noble y muy espiritual perdonar y querer al que yerra; además hace ya tanto tiempo de estas cosas!...

EL PADRE JOSÉ

Tribulación

¡Oh, Destino cruel!, no agobies tanto
que mi pecho, ya débil, no resiste
esa carga brutal que me impusiste
tras ensueños de amor y dulce canto.

Déjame disfrutar vida de santo,
ahuyentando de mi la suerte triste,
y el dolor que, insensible me inferiste
en el alma, se calme con mi llanto.

¿Por qué, si amor por la justicia siento,
no he de ser yo feliz? ¿Por qué encadena
ese hado fatal mi pensamiento?

¿O es que la vida en la mansión terrena
es sólo de expiación y de tormento?
¡Aparte Dios de mí tan dura pena!

José M.ª Rolán

La Guardia, Enero de 1917.

Ecos y Noticias

El número del 21 de Enero de «La Discusión», de la Habana, consagra casi una plana de su suplemento del domingo, a dar cuenta de la visita al pueblo de Colón de una comisión de la «Sociedad Espirirista de Cuba» compuesta de la señora Ang·la R de la Torriente, Srta. Sarita Ordoñez, Sra Isabel Bacallao de Ubiñano, Srta. Micaela Fiol, Srta. Emilia Arco de Herbias, Sra. Fermina Crespo y los Sres. G. Rodríguez, Francisco M. González, José Jiménez Torre, Humberto Herbias y Lorenzo López.

En el Casino Español, galantemente cedido por sus socios, se celebró una artística velada que presidió el alcalde de Colón. Al día siguiente la comisión se trasladó a la cárcel de la villa en la que el Sr D. Francisco María González, dió una conferencia, llamando la atención el recogimiento con que los presos escuchaban la palabra persuasiva y consejos del orador. Las señoras repartieron tabacos y cigarrillos entre los recluídos.

Después pasaron al Hospital donde la Sección de beneficencia recorrió los departamentos repartiendo limosnas y consuelos entre los enfermos.

Antes de marchar acudieron al domicilio de 25 familias pobres, las señoritas Ordoñez y Arcos que fueron las encargadas de distribuir los socorros.

Esta información va acompañada de ilustraciones con grabados representando a la misión de la «Sociedad Espiritista de Cuba» en grupo, el aspecto del Casino Español la noche de la velada, los presos escuchando al Sr. González y el Hospital.



Los espíritus de los suicidas

En el periódico inglés «Broad Views», escribe el doctor Franz Harmann acerca del suicidio, un fantástico artículo, del que entresacamos los siguientes detalles, para enseñanza de los espiritistas y terror de los que piensan en el suicidio.

«Entre el gran número de las llamadas comunicaciones de los espíritus de los suicidas, muchas de ellas parecen ser verdaderos mensajes de ultratumba, que demuestran que una muerte forzada y prematura no libra de sufrimientos.

«El espíritu de los suicidas, permanece en la tierra hasta que expira el término natural de su vida. En varios mensajes de supuestos espíritus de suicidas fallecidos, se describen sus sufrimientos después de morir, y se manifiesta haber sufrido los ultrajes hechos a sus cuerpos, con los cuales se encuentran en relación mientras los ligamentos astrales no se rompan.

«Uno de estos desgraciados espíritus, era el de una joven Lady que se había envenenado por desgracias amorosas, una sospecha acerca de la forma en que se realizó su fallecimiento, dió lugar a que fuera desenterrada a los tres días para hacer la autopsia. Según dice el cronista, la infeliz suicida, cada corte del bisturí, hecho por el operador, lo sentía como si lo diese sobre su cuerpo vivo.

«Otro suicida que se mató de un balazo, describe las torturas sufridas al separarse su espíritu de su cuerpo; y otro experimentó los terribles dolores de ser quemado vivo al ser quemado su cuerpo».

«Ni aún en la paz de los sepulcros creo», deben decir los que intentan suicidarse, si tienen fe en lo que dicen los espíritus aficionados a hablar con los vivos.

***

Sueño premonitor

En la noche del 25 de Mayo último, después de mis preces habituales, me acosté, y contra mi costumbre, hallábame inquieto y no podía conciliar el sueño. Harto de dar vueltas en la cama, me levanté, contemplé un rato las estrellas desde la ventana de mi dormitorio y volvíme al lecho A los pocos segundos me quedé traspuesto, y seguidamente soñé que una mujer alta, gruesa, pálida, de pelo castaño y de mirar expresivo, me enseñaba uno de sus pechos muy tume-

tacto y muy enrojecido, y me pedía por amor a Dios que se lo curase con pases magnéticos. Accediendo a esta petición, dije a la mujer que se sentase; me reconcentré un poco y dí pases magnéticos a su pecho, viendo a poco que la paciente sonreía satisfecha, me daba las gracias y desaparecía.

Al despertar al día siguiente, recordaba perfectamente este original ensueño. Hice, como de costumbre, mi tocado; tomé el desayuno y salí de casa para visitar a mis enfermos. En la calle encontreme con mi colega el doctor Octavio Viana, con quién no tenía otras relaciones que las de cumplido. Este señor me detuvo, y me participó que se había casado hacía once meses, y que su señora no podía amamantar a su primogénito por tener un pecho muy enfermo; pecho para el cual no hallaba remedio. Acabó pidiéndome tuviera la fineza de llegarme con él hasta su casa, y ver si lograba con pases magnéticos lo que él no había logrado, ni con bisturí, ni con untos.

Me intrigó que el doctor Viana supiera que curaba con pases, cuando son pocos los que están enterados de que, en ocasiones, adopto esta terapéutica; pero me hice el desentendido y me puse a sus órdenes. Me condujo a la calle de Clemente José, núm. 18. 1.°; y al ponerme vis a vis con su señora, quedé estupefacto. Era la misma a quién había curado en la noche anterior.—*Dr. Werneck.*

***

¿Qué es la guerra?

Reunirse en manadas de cuatrocientos mil hombres (hoy cuatro millones), andar noche y día sin descanso; no pensar nada, no aprender nada, no leer nada; no ser útil a nadie; podrirse en la suciedad; dormir sobre el lodo; vivir como bestias, en continuo estado de embrutecimiento: saquear ciudades, incendiar aldeas, arruinar pueblos; encontrar luego otra aglomeración de carne humana; lanzarse contra ella; formar charcos de sangre, llanuras de carne machacada, mezclada con la tierra fangosa y roja, montañas de cadáveres por doquiera; quedarse sin brazos ni piernas, con los sesos hechos papilla, sin provecho para nadie, y reventar en el rincón de un campo, mientras vuestros padres, viejos, vuestra mujer y vuestros hijos se mueren de hambre.

Eso es la guerra, eso,—*Guy de Maupassant.*

***

Confederación Espiritista Argentina

Esta entidad tiene en estudio varios proyectos de suma importancia para la causa; uno de ellos es un prontuario de todos los que comercian y explotan con el nombre del Espiritismo.

A su devoción nos tiene en este particular la Confederación de la Argentina.

***

Nuestro querido colega «O Independente», de Porto Alegre (Brasil), publica el retrato y biografía del autor del famoso libro «O porque da vida». Plinio Furtado que falleció el 26 de Noviembre del pasado dejando siete hijos todos menores.

Furtado era un convencido de la racional y consoladora filosofía espiritual y un fervoroso adepto de la medicina natural recomendada por Platten, Kune y Kneip. Ciudadano leal, franco y trabajador, inteligente e incansable, era un verdadero apostol de la doctrina y de la caridad, pues a todas partes acudía y prestaba la ayuda necesaria.

Al morir exclamó: «Ha llegado mi hora. La muerte después de todo, ahora que la veo cerca, no es otra cosa que el paso de la vida visible a la invisible... hasta la vuelta todos! no me conturben, dejenme partir!

La ciencia no pudo hacer nada en su obsequio y expiró entre los suyos con la estoicidad de un creyente.

Descanse en paz y que su espíritu liberto encuentre la sanción debida a sus grandes méritos.



Otra parábola de Tagore.— El destierro

«Majestad», dijo el súbdito al Rey—«el Santo Norottam jamás se ha dignado entrar a tu templo.

Anda cantando alabanzas a Dios, bajo los árboles, en los caminos reales. El templo está desierto.»

«Los fieles prefieren agruparse a su derredor, como las abejas alrededor del blanco loto, desdeñando el dorado cáliz de miel.

El Rey, con el corazón entristecido, fuese hacia Norottam qne estaba sentado sobre la yerba, y le dijo:

«Padre ¿por qué abandonas mi templo de cúpulas de oro, y te sientas sobre el suelo a predicar el amor de Dios?»

«Porque Dios no está en tu templo.»—replicó el Santo.

El Rey frunció el ceño: «¿No sabes que para hacer esa maravilla de arte se gastaron veinte millones, y que fué consagrada a Dios en medio de suntuosos rituales?

«Sí, lo sé»,—replicó Norottam. «Fué en aquel año en que millares de tus súbditos, cuyas casas habían sido quemadas, imploraron inútilmente tu misericordia a las puertas de tu templo.»

«Y Dios dijo: Estos desdichados que no pueden socorrer a sus hermanos, son los que harán mi casa.»

«Y eligió su puesto entre los desamparados, en los caminos reales, debajo de los árboles.»

El Rey gritó lleno de rabia: «¡Sal de mi tierra!

Tranquilamente, el santo respondió: «Si, destiérrame a donde desterraste a mi Dios.»

***

La memoria de Bovio

Giovani Bovio, el gran filósofo italiano, poseía una memoria prodigiosa. Un día, un joven se presentó a su casa para leerle unas poesías espiritistas de que era autor. Bovio después de acariciarse la barba le dijo con tono áspero.

—¡Pero esos versos no son suyos!

El joven se quedó petrificado.

—No; no son de usted—prosiguió Bovio;—tanto es así, que me los sé de memoria; escuche.

Y sin equivocarse una sílaba, recitó todos los versos leídos por el joven.

El pobre poeta se quería morir, pero Bovio, sonriendo, le devolvió pronto la calma, diciéndole:

Tranquilícese, joven amigo. Los acabo de aprender ahora, oyéndoselos leer.

***

Ha desencarnado recientemente en Madrid el gran medium D. Tomás S. Escribano que durante largos años en su continua labor del grupo «Diodoro-Luis-Manuel», de Madrid, obtuvo un sinnúmero de comunicaciones de elevadísima síntesis filosófica y científica.

En el próximo número daremos más detalles acerca de este hermano que fué uno de los mejores mediums hasta ahora conocidos.

Otra vez nos vemos en la triste precisión de limitar el número de páginas de esta Revista. El coste aumenta de número en número y con el tiempo aumenta el número de suscriptores que no pagan, ni siquiera tienen la atención de contestar a nuestros requerimientos. El sostener una revista espiritista no ha sido nunca un negocio, pero si nuestros esfuerzos no reciben el apoyo necesario por parte de los que se lo deben, a nadie sino a ellos podrá culparse de que la propaganda de nuestro caro ideal se resienta por las determinaciones que los editores de revistas espiritistas nos veamos precisados a tomar.

Nunca tuvo la humanidad tanta necesidad del Espiritismo y nunca fueron menores los esfuerzos que los espiritistas hicieron para su propagación.

Obras que se hallan de venta en la Administración de esta Revista

	Ptas.
Nuestras fuerzas mentales, por Prentice Mulford. Consta de 4 tomos	10
De la Idea de Dios, por León Denis	0'50
El Colectivismo integral revolucionario, por Eduardo Boulard. Dos tomos en 4.° en rústica	3
En tela, en un solo tomo	4'50
Texto de enseñanza dominical y de lectura para las Escuelas espiritistas, por D. Felipe Senillosa. Un tomo en 4.° mayor en rústica	2
En tela y oro	3'50
La Psicología de las Religiones, por D. Joaquín J. Fernández. Un elegante tomo 8.° mayor rústica	1
Encuadernado en tela y oro	2
Colección de Oraciones. Nuevo devocionario espiritista. Un voluminoso t. en 8.° m., tipos claros, en rústica	1
En tela y oro	2
Tesoro de consuelos y modo de vivir cristianamente. Un elegante tomo en 8.° prolongado, en rústica	3
Encuadernado en tela y plancha	4'50
La Guerra es el Infierno. Un t. de 48 ps.	0'50
Misterios del alma, por Virgilio. Un tomo en 8.° prolongado, en rústica	1
En tela y rótulo	2
La Tragedia Divina. Un elegante tomo, escrito en catalán, en 4.° menor. Edición bibliófilo	3
Edición corriente	1
La misericordia es la justicia en su más elevado concepto. Un folleto de 32 páginas	0'25
Ramos de violetas, por Amalia Domingo Soler. 4 t., en rústica, con el retrato de la autora en la cubierta	4
En tela y tapas especiales	8
Tomos sueltos: cada uno, en rústica	1
Encuadernado en tela	2
Flor de Luz, por J. Blanco Coris. En rústica	3
En tela y oro	4'50
Memorias de un Espíritu. ¡Te perdono! 8 ts. en 8.° m. Encuadernados en tela y oro	2
El fenómeno espiritista, por Gabriel Delanne, en rústica	3
En tela y oro	4'50
Después de la muerte, por León Denis.	
En rústica	2'50
En tela y oro	4
Memorias del Padre Germán.	
En rústica	3
En tela y oro	4'50
Elementos de una nueva ciencia, por Mariano Ruth Sinué. Un tomo en 4.°, en rústica	3'50
En tela y plancha	5
Cartas de ultratumba, por Onofre Viladot. Un tomo en 4.°, en rústica	2
Encuadernado en tela y oro	3'50
Ensayo sobre la enseñanza filosófica del Magnetismo, por el Barón du Potet. Un t. 8.°, de 280 páginas, en rústica	3
En tela y colores	4'50
Alfieri el Marino. Un t. en 8.°, rústica	2
Encuadernado en tela y plancha	3'50
Impresiones de un loco, por César Bassols. Un t. en 8.°, 208 págs., rústica	2
En tela y oro	3'50
La Verdad frente á frente del Error. Un t. de 238 págs., en 4.°, rústica	3
En tela y plancha	4'50
Luz y Vida (Manual del Creyente). Un tomo de 272 páginas en 4.°, rústica	3
En tela y oro	4'50
Avantismo, por Bruno Miguel Mayol. Un tomo en 8.° de 164 págs. En rústica	2
En tela y oro	3'50
El gran Enigma, por León Denis. Un tomo de 272 págs. en 4.°, con el retrato del autor. En rústica	3
En tela y oro	4'50
Síntesis doctrinal y práctica del Espiritualismo, por León Denis. Folleto de 64 págs. en 4.°	0'50
El problema del Ser y del Destino, por León Denis. Un tomo en 4.° de 520 pág. En rústica	3
En tela y oro	4'50
Guía práctica del espiritista, por Miguel Vives. En rústica	1
Encuadernado en cartonet	1'50
Crisálidas (Colección de poesías), por Krainfort de Ninive. Un tomo en 4.°, en rústica	3
En tela	4'50
Porque soy Espiritista, por J. Blanco Coris. En rústica	3
En tela	4'50

OBRAS DE ALLAN KARDEC

El libro de los Espíritus.—El libro de los Mediums.—El Evangelio según el Espiritismo. El Cielo y el Infierno ó la Justicia Divina según el Espiritismo.—El Génesis, los Milagros y las Predicciones según el Espiritismo.—Obras póstumas.—¿Qué es el Espiritismo? en rústica, cada tomo . . . 3

En tela, cada tomo . . . 4'50



PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, un año. . . . . 7 pesetas — Extranjero, un año. . . . . 12 pesetas

Número suelto: 50 céntimos

Las suscripciones empiezan en Enero y acaban en Diciembre.

Se considerarán como suscriptores, para el próximo año a todos los señores abonados que no nos escriban antes de finalizar el presente diciéndonos lo contrario.

Se ruega á los Sres. suscriptores que al efectuar el pago de su abono añadan 0'50 pesetas para el franqueo y certificado de la obra de regalo, que deben escoger entre las que al final de esta página se detallan, de lo contrario tendrán que mandar recogerla en la Administración, y los que la deseen encuadernada deberán remitir una peseta más.

Instrucciones para el abono de las suscripciones

ESPAÑA.—En sellos de correo, libranzas del giro mutuo, sobres monederos billetes de Banco o por el giro postal.

EXTRANJERO.—En letras de fácil cobro, billetes de Banco que se abonarán al cambio del día en que se reciban o, también, a nuestros corresponsales

Los giros a nombre del Administrador, **D. Santiago Durán.**

Obras que se pueden escoger

Misterios del alma, por Virgilio.—*Fases del sentimiento religioso*, por W. James.—*Cartas de Ultratumba*, por Onofre Viladot.—*Esclavas del Vaticano*, por J. E. M.—*Avantismo*, por D. Bruno Miguel Mayol.—*Alfieri el marino.—La tragedia divina*. Poema en catalán.—*Consecuencias del celibato de los frailes.—Colectivismo integral revolucionario*, por J. Bouvery.—*El gran enigma; Dios y el Universo*, por León Denis. — *Problema del ser y del destino*, por León Denis. — *Flor de Luz*, por J. Blanco Coris.—*La Verdad frente a frente del error. Luz y Vida* (Manual del Creyente), por Huelbes Temprado.—*Elementos de una nueva ciencia*, por D. Mariano Ruth Sinué.—*Impresiones de un loco.—Ensayo sobre magnetismo.—La Religión futura*, por D. Mariano Torres Castelló (Teófilo)—*Crisálidas*, por Krainfort de Nínive.—*Guía práctica del Espiritista*.

Imp. de LUZ UNION Y VERDAD Mozart, 22—Barcelona (Gracia)

SUMARIO — «Ni regalos ni abandonos», por J. Blanco Coris. — «El fantasma de Lina». — «Disertación sobre el sentimiento religioso». «El ideal religioso ante un racionalista». — «Correo de París», por M. Leblanc. «Infinitud», por Julio Pardo. — «Pasajes evangélicos que comprueban la comunicación espiritista». — «Plática cuaresmal», por el Padre José. — «Tribulación», por José M.ª Rolán. — «Ecos y Noticias».

Corresponsales Administrativos

Méjico.—Evaristo Barrientos, Administrador del Panteón de ORIZABA (Veracruz)

Puerto-Rico — Faustino Icona, CAYEY. — Casimiro R. lin, AGUAS. — Francisco I. Arjona, Bertoly, 4 altos, PONCE.

Cuba.—Francisca Salich, Vda. de Roig Habana baja, 26, SANTIAGO DE CUBA.—Eulogio Infiesta, calle Plácido, 10, HABANA—Faustino Serio, Calle de Cuba, 27, HOLGUIN.—Armando J. Raggi, Apartado, 17, CAIBARIEN. D. Juan José Morales, Centro Espirita «Unión del Progreso Espiritual» (Sabanada l Medio), MORON

República de Colombia.—Manuel J. López L., Pasaje Hernán Cortés, 9, BOGOTA —Luis M. Carvajal, MEDELLIN.—D. Pedro C. Collazo y A. CARTAGENA, S. A.

República del Salvador (C. A.) - Luciano Cenedella, SANTA ANA.

República Argentina.—D. Luis D. Sosa, Tucumán 1736, BUENOS AIRES — Pedro Iraola, NECOCHEA —José Errea, PEHUAJO — Gonzalo Laporta, «Calle Chiclana, 545, BAHIA BLANCA. Luis S. Torres Calle Salta, 41, Este SANTA FE. D.ª Felisa B. de Carlos, Centro Espiritista «Luz, Unión y Verdad», LAVERIA.

Brasil.—Joao Diogo Sá Barreto, advogado, CIUDADE DA CONQUISTA (Estado de Bahía)

República Dominicana.—Aurelio León, SAN FRANCISCO DE MACORIS.

República de Nicaragua.—Isidro de J. Olivares, 5 calle Norte, 102, MANAGUA

República del Ecuador.—R. Eduardo Proaño, Carrera «Chile», 1, QUITO.

República de Honduras.—E. Streber, AMAPALA. J. Ismael López, COMAYAGÜELA (TEGUCIGALPA).

República de Guatemala.—José Sánchez Guzmán, Teniente de Artillería Departamento de San Marcos. MALACATAN — Sr. D. Gilberto Baltros, QUEZALTENANGO (Guatemala).

Estados Unidos (N. A).—D. Benito Betancourt, Duval Street, 901 y 903 KEY WEST FLA

Gibraltar.—D. Manuel Olivares, Muelle Comercial.

Tánger (Marruecos).—Moisés M. R. Israel, Banco del Estado Marroquí.

Zaragoza.—Salvador Marco, Calle Pereña, 3.

Palamós (Gerona)—Pedro Catalá.

Año XVIII MARZO 1917 Núm. 3



Ni regalos ni abandonos

Fuera del sustento de cada día que nos lo proporcionan el aire, el agua, la luz, las plantas, les árboles y los animales; fuera de aquella dádiva de que hablaba Jesús cuando cita a los lirios del campo y a las aves del cielo; ¡cuántas cosas nos son necesarias... verdad?...

Sí, pero sobre todas, las de adquirir una conciencia cada vez más honda y más luminosa del misterio que nos circunda, y hacer que persista el cuerpo a fin de que tal conciencia se desenvuelva y actúe en la divinidad. Nada más eficaz a dicho objeio que las doctrinas espiritistas. Ellas han de ofrecernos la ayuda y enseñanza necesarias para conducirnos en la ruta de esa aspiración solemne, justa y elevada del alma.

Hacer que persista el cuerpo, dijimos, vivir por vivir, por el cuerpo; es al cuerpo al que debemos sostener y considerar no como principio y fin de todos nuestros ideales sino como lámpara sagrada que mantiene en la tierra de una manera transitoria la luz de la conciencia; la llama del pensamiento. Vivir para gozar y servir a la divina espiritualidad en nuestro planeta sin encadenar el alma si queremos vivir vida profunda y noble. He aquí el problema.

Este y no otro es el destino del hombre inteligente; y nada tenemos que hacer en este mundo una vez cumplida esta misión. Y esto sucede cuando se halla rebosando la copa de nuestra experiencia psíquica. Hay seres que adivinan estas verdades y que están poseídos de que ningún accidente les arrebatará de entre sus semejantes hasta no haber cumplido su misión.

Pero a todos nos ocurre que subvertimos el orden de la vida y que tomamos como un fin lo qne no es más que una circunstancia. Este fin es el de elevar una compleja organización a un extremo equivocado. Engordar al cuerpo como tal cuerpo, regalarle como si su perfección y cuidado entrañase la progresión y exaltación de nuestro sistema ideológico. No, las almas que abrieron anchos surcos en nuestra historia psíquica, apenas si se ocupaba de la tosca envoltura de su espíritu gigantesco. Buda y Jesucristo vivieron como las cigarras, según nos dice la Historia. San Jerónimo cuando huyó al desierto de la Calcida, no llevaba consigo más que los libros santos. Job arroja su copa al ver beber a un muchado con la mano a la orilla de un río. Todos los que salieron del claustro de las virtudes místicas y que sintetizan las mejores enseñanzas de nuestro mundo, vivieron pobremente, con gran desinterés y desvinculación del materialismo. Como no poseían otro reinado que el de las imágenes de su exquisita fantasía eran frugales y sobrios como lo fueron también Sócrates y Cervantes, hijos característicos de la espiritualidad más acendrada.

Del uno al otro, cuanto tiempo y cuantas equivocaciones!...

La humanidad sigue creyendo lo que creía cuando su aparición en el planeta, que no viene a este mundo más que a engullir, a divertirse y a regalarle al cuerpo aquello que le pida para sostén y perpetuidad del alma, que no come ni bebe, ni se agota, y que en cambio sabemos puede surgir por virtud propia en cuantos cuerpos nuevos del planeta o del Universo le viniera en ganas.

¿Qué le importa al alma el cuerpo, al sér como es un accidente más o menos importante en el escenario del Cosmos infinito? Pero no por eso se debe descuidar el cuerpo y dejar de conservarle. No somos de los que aconsejan el absoluto abandono. El ascetismo como todas las cosas de la vida tiene su límite y debe ser impuesto por el hombre; éste, debe seguir el itinerario trazado por él, pero cuando no, más vale atenerse a los preceptos científicos y morales que también son dictados por nuestra intuición nunca rebelde al conocido axioma que dice: «En un buen medio está siempre la virtud.»

J. Blanco Coris

El fantasma de Lima

Una viuda que se pasea a las altas horas de la noche.—Se enamora de un distinguido facultativo limeño.—Sensacional relato de «El Comercio», de Lima.

Como en los tiempos de Mari Castaña, ha aparecido en estas noches, en la ciudad, a la hora de las ánimas, en una penumbrosa calleja evocadora de la época colonial, un fantasma tentador que, como Mefistófeles,



D. ANTONIO MORATA

Administrador de la revista "Psiquis", de la Habana, y autor del presente artículo que gustosos reproducimos.

se ha disfrazado para hacer sentir su influencia de ultratumba, en una de las muchas personas que a tal hora discurrían por nuestra sociedad. Sonaron las doce de la noche en las campanas de los templos y surgió del aire, como por ensalmo, la figura de una mujer, toda vestida de negro, cubierta la cabeza por un espeso crespón, que venía de la otra vida a recoger sus pasos y a saldar antiguas cuentas con sus deudos. Era una viuda de las de buen ver; traíase a la vez, del otro mundo, el propósito de reanudar un coloquio con sus pretendientes de mejores épocas. El fantasma hechó a andar en busca del elegido de su corazón. Durante más de media hora se deslizó, sin hacer ruído, tocando apenas los pies con el suelo, levantando un airecillo frío a su paso, como dicen que suelen levantar los fantasmas, en sus exóticas peregrinaciones terrenales. Buscaba la viuda a su preferido,

ansiosa de hacerle sentir, en un mortal abrazo, su desencarnado y ezpeluznante esqueleto. Discurrió, todo ese tiempo, por las calles, asustando a los perros trasnochadores, y a uno que otro beodo, que ante la macabra visión, abría tamaños ojos y ponía pies en polvorosa...

El encuentro amoroso

El elegido del fantasma era un distinguido facultativo, quién, sin imaginarse la calidad de la aventura en que debería actuar como protagonista a esas horas, caminaba sin advertir que la misteriosa viuda se le acercaba, paso a paso, insinuándose con un movimiento de cabeza como si le saludase. Se detuvo el caballero, y se detuvo la viuda. El fantasma prolongó el saludo y le rogó que le acompañara hasta su casa, manifestándole que tenía miedo de cruzar sola a tales horas, las calles de Lima.

El caballero, por más esfuerzos que hizo, no pudo verle la cara a la desconocida; pero sugestionado por el timbre de su voz, y por la hora, propicia a las expansiones amorosas, se frotó las manos de gusto, y accedió galantemente a acompañar a la viuda del crespón negro. Conforme se acercaban a la casa, el caballero, a quien picaba extraordinariamente la curiosidad de mirarse en los ojos de su extraña compañera, entabló animado diálogo con ella, preguntándole con la sonrisa de la sugestión en los labios:

—¿Y se llama usted?...

—¿Para qué quiere usted saberlo? Mi nombre es un misterio. Mi vida también es un misterio; toda yo soy un misterio...

—Si así fuese, me consideraría muy feliz de poder rasgar el velo de la incógnita en que usted se envuelve, misteriosa y bella dama... porque usted debe ser bellísima...

—Por Dios, no blasfeme usted. Yo no pido amor, sino fe; necesitada de corazones fervorosos que me ayuden a levantar un altar ante Dios...

—Tiene usted razón, ante Dios, porque ante los hombres, como yo... lo tiene usted levantado.

El caballlero, muy intrigado, siguió a la dama fantasma hasta el lugar que ella le indicó, que era su domicilio. El caballero temblaba de emoción, considerando que una vez traspuestos los umbrales de la casa, caería en brazos de su desconocida...

En la casa misteriosa

La viuda le dijo:

—Pase usted...

—No, usted primero, repuso el facultativo... y se coló en la casa,

más que de prisa, buscándose en los bolsillos una caja de fósforos, para hacer luz en el recinto que iba a ser testigo de su amorosa aventura. La viuda le había despojado, de antemano, de la caja, e inútilmente buscaba el caballero, volviendo los bolsillos del revés, nerviosamente, devorado por la fiebre y la inquietud.

—Siéntese usted—le dijo la viuda, y cogiéndole de un brazo, le sentó cerca de la mesa que había en el centro de la habitación. Por la puerta de calle entreabierta, se filtraba un rayo de luna.

—Déjeme usted ver su rostro—exclamó el caballero, agitando las manos en la sombra, buscando tropezar con las eburneidades, de la viuda, que sonreía terriblemente, gozándose en verse admirada como cuando tenía la carnal y tentadora envoltura...

—No puede ser. ¡Oh, si usted se imaginara con quien está hablando!...

—Para saberlo, hace falta luz.

—No la hay en el cuarto.

—Mandaremos comprar una vela.

—Si; pero... ¿con quién?...

—Con... Bueno. Iré yo.

—Oh, usted no. Si lo vieran entrar a estas horas aquí, mi reputación sufriría... Iré yo. Deme el dinero, que no tengo... suelto...

Faltaba luz

El caballero le dió un sol de plata a la viuda. Salió ésta de la casa. El caballero quedó en la habitación acariciando la idea del idilio que les esperaba a ambos; pero transcurrieron diez minutos y luego veinte y luego treinta, sin que la viuda apareciera. Durante la inquietante espera el caballero se fumó varios cigarrillos. Al fin resolvió salir al encuentro de la viuda. En la calle tampoco pudo hallarla. Visiblemente alarmado, se dirigió al guardián que se hallaba en la esquina próxima, preguntándole si había visto a la dama del crespón negro. El guardián le repuso:

—Usted sueña... Por aquí no ha pasado ninguna mujer enlutada...

—¿Si estaré yo loco? Tenga la bondad de acompañarme a la casa...

—¿A qué casa?...

—A la de la dama. Yo no puedo esperarla más; y ruego, pues, que usted se quede vigilando las puertas que han quedado abiertas, mientras ella vuelva...

—Como usted guste... repuso el guardián—y los dos se encaminaron a la casa de la viuda. Pero grande fué la sorpresa de ambos, cuando vieron que las puertas estaban herméticamente cerradas por dos candados, y que sobre ellas había pegada una noticiación del juzgado de paz.

Sorpresa mortal

—Esta casa está cerrada hace más de un mes.

—Le advierto a usted que no tolero burlas.

—Le digo a usted que está cerrada hace mucho tiempo. Aquí vivió una señora que murió en la más absoluta pobreza...

—¿Qué dice usted? Pero se fija usted en lo que está hablando!!...

—Todo el barrio sabe la historia. Yo no invento nada...

Más allá del misterio

El caballero salió de allí con los pelos poco menos que de punta y al día siguiente se dirigió al juzgado de paz, pidiendo que se le abriera la puerta de la casa misteriosa. En efecto al siguiente día, el caballero, acompañado del juez llegó a la morada de la viuda.

—¡Le digo a usted que es imposible!—murmuraba el juez.

—¡Sí, señor Juez! Yo entré anoche en esta casa y no había candados. Estuve dentro más de media hora fumando, hasta que, cansado de esperar a la viuda, que había salido a comprar una vela...

—Usted ha visto visiones. La señora que usted se refiere, murió hace algún tiempo...

—¿Cómo que murió?... Ella ha conversado anoche conmigo y por más señas me pidió dinero para comprar la vela, pues no tenía luz y le dí un sol...

No sea usted majadero hombre de Dios—le dijo el Juez.—Pero para que se convenza voy a abrir los candados.

Como lo dijo, lo hizo el Juez. Abrió los candados y él y su acompañante entraron en la habitación de la viuda.

—¿Qué ve usted?— exclamó el juez.

—¡.........!

—¿Ve usted algo?...

—¡.........!

—Responda usted. ¿Ve usted algo?... ¿Reconoce usted estos muebles?...

—Sí, señor... si los reconozco...

—¿Cómo? ¿Que dice usted?...

—Sí, señor. Acérquese usted... ¡Jamás! ¡Parece cosa de cuento! Aquí está el sol que dí para que comprara la vela a la mujer que habitaba esta habitación... y allí están las colillas de los cigarros que fumé esperándola...

—¡¡Eh!!...

Quedáronse absortas ambas personas. Sobre la mesa del centro de la habitación estaba el sol de plata que el caballero dió a la viuda para adquirir la vela, y en el suelo los restos de los cigarrillos fumados...

Disertación sobre el sentimiento religioso

Grupo «Diodoro-Luis»

Sesión de 1.º de Junio de 1912

Queridos hermanos: Para relacionar las ideas religiosas, filosóficas y morales que venimos estudiando como una revelación superior en aquellos tiempos primitivos, y que han venido prevaleciendo y desarrollándose durante cuarenta siglos antes de la Era Cristiana, es preciso repetir ahora nuestros primeros enunciados sobre el origen de las religiones bajo el aspecto íntimo de la conciencia humana, manifestándose como sentimiento ingénito la religiosidad que induce a la razón humana a reconocer un Sér superior, creador y causa del Universo entonces y ahora conocido, y de su infinita extensión y de sus magnificencias apreciables e inexcrutables.

Digimos que el sentimiento religioso, por tanto, se funda en la creencia de un Dios único y en la inmortalidad del alma; el conocimiento de Dios, es confirmado por la razón humana en la conciencia individual y colectiva, al reconocerse que ningún sér es causa creadora y vital de sí mismo; la inmortalidad también, reconocida como un sentimiento, se encuentra corroborada por la constante intercomunicación del mundo espiritual con los encarnados. Ahora, se pretende juzgar aquellas antiquísimas Instituciones Sociales y Religiosas, comentando los ritualismos, los códigos morales y políticos, desde el punto de vista en que los persistentes investigadores se han colocado; desde los últimos albores de la filosofía platónica y socrática que ha venido formando el cristianismo y favoreciendo el desarrollo religioso bajo distintos aspectos, en que los intérpretes y comentaristas del Evangelio han podido impugnar las interpretaciones «infalibles» de las potestades sacerdotales, es muy fácil reconocer y relacionar el sentimiento religioso de todos los tiempos y el Código Moral que del concepto de Dios y de la inmortalidad del alma, lógicamente pueden deducirse.

El Código llamado de Manú, deducido de las tradiciones, de las doctrinas sociológicas, y los escritos que fabulosa y poéticamente ensalzan la Edad de Oro y los primitivos Héroes semidioses de la Tierra y divinizados después como intérpretes de la Voluntad divina, se han venido repitiendo constantemente y aquellos mandamientos morales si no hubieran sido revelados se manifestarían por sí mismos desde que comenzaron las relaciones

sociales entre familias y tribus diseminadas, porque el buen orden social impone «no matar», «no robar», «no mentir», «no cometer impurezas»; respetar los lazos familiares y los bienes adquiridos como patrimonio bien adquirido. Esto proclamaba el Código de Manú, y se ha repetido como ya dejamos expuesto, en todos los pueblos de la antigüedad, y se han repetido y respetado también en los tiempos modernos; como que son y serán siempre la base y fundamento del Derecho de Gentes público y privado, con las restricciones que la situación de los pueblos y de las nacionalidades entre sí, han consentido para sostener el derecho positivo estatuído y condicionado conforme a las circunstancias políticas y situación de paz o de guerra entre los mismos asociados y los convenios establecidos entre enemigos beligerantes.

Teniendo esto en cuenta, se comprende fácilmente, que las ideas racionalmente religiosas, morales y filosóficas, hayan prevalecido por espontáneo sentimiento de la conciencia racional, por la constante y continua acción de la idea, transmitiéndose por los procedimientos que hemos reconocido y aceptado, por la revelación, no solamente entre encarnados, sino también mediante las posibles relaciones con el mundo extracarnal; todo favorecido por el caudal de conocimientos adquiridos, acumulados por sucesivas y alternantes civilizaciones que la historia registra y la ciencia ordena y sintetiza.

No sucede lo mismo con la interpretación de los ritualismos religiosos que se han transmitido modificados, no en conformidad con las Leyes Divinas reveladas, sino conforme a la conveniencia y oportunidad en las diferentes situaciones de las sociedades dominantes y sometidas, explotadas o explotadoras. En aquellos tiempos prehistóricos de supuesto salvagismo y de terrorífica fiereza brotaron, sin embargo, las primeras ideas base y fundamento de la filosofía tradicional y de esta ciencia universal que proclamamos, fundándose únicamente en la interpretación racional de un hecho constante en la historia: «la intercomunicación del mundo visible e invisible» para los habitantes del Planeta. Entonces, al reconocer la unidad y la omnipotencia de un Dios creador y observando que los cuerpos materiales, orgánicos y racionales, disfrutaban de la luz, del calor y de la vida que vivifica la existencia de la naturaleza terrestre, relacionada con el movimiento y la vida de los astros y de las fuerzas meteóricas, físicas e intelectuales, concibieron la primera fuerza elemental de respeto y adoración a lo desconocido, pero apreciable y tangible en sus efectos, deduciendo de los hechos las más naturales consecuencias compatibles con la limitadísima racionalidad, de que todo lo que impresiona los sentidos y conmueve la conciencia era por obra de Dios y de sus mandatarios en la